

nos obligaba á abrir de nuevo la cartera y á pasar nuestra vista por sus enlutadas páginas.

Repentinamente el tren se detuvo, y preciso nos fué suspender del todo nuestra lectura; habíamos llegado ya á la pequeña poblacion que limita por aquella parte los dominios de la Gran Bretaña; tan solo un brazo de mar nos separaba de la Francia, y nos era preciso aún embarcarnos para atravesar el Canal de la Mancha, siempre tan inquieto, y tan molesto siempre á los pasajeros.

Realmente disgustadas descendimos entónces del tren, y en el mismo instante nos trasladamos al vapor que debia conducirnos á las costas de la Francia: nuestra repugnancia al vernos de nuevo á bordo fué extrema, nos habian pronosticado, que íbamos á marearnos mucho, porque el movimiento del buque es siempre allí muy fuerte, á causa de la intranquilidad que reina continuamente en las aguas de aquel brazo de mar, esto naturalmente aumentaba nuestro disgusto; pero nos consolaba la idea de que tan solo dos horas permaneceríamos en el mar, y que en el resto de nuestro viaje ya no nos veríamos obligadas á embarcarnos.

Molestas sí, pero resignadas, entramos en el vapor y ocupamos unos cómodos asientos sobre

cubierta: el número de pasajeros era inmenso, y el movimiento extraordinario; á nosotras nos agradaba sobre manera ver ese movimiento de pasajeros, y los diversos grupos y escenas que siempre se presencian durante un viaje.

Contemplando nos hallábamos todo esto, cuando la campana sonó señalando la hora de partida; la animacion aumentó entónces, por todas partes se veían carreras, abrazos, gritos, y nosotras observábamos todo eso, y nos divertia en extremo.

Repentinamente la fuerza del sol nos obligó á descender al salon de las señoras, y allí tuvimos ocasion de presenciar una escena, que nos interesó al principio, admirándonos despues.

Reclinada en un sofá, pálida, vestida con abandono, y de interesante figura, hallábase una jóven que al parecer mucho sufría; sus ojos estaban arrazados en lágrimas, y su pecho exhalaba mal comprimidos suspiros y ahogados sollozos; rodeábanla multitud de jóvenes, que como ella lloraban colmándola de caricias, parecia ser aquella su familia, porque tanto las otras jóvenes, como las señoras de edad, le traían almohadas y cojines, colocándoselos para prestarle mas comodidad; ella solo gemia y lloraba, y parecia sumerjida en el mas profundo abatimiento.

Nosotras conmovidas, contemplábamos aquella patética escena; el recuerdo de nuestra partida de México, del último adiós dirigido á nuestra familia, se presentó de bulto en aquel instante ante nosotras, y dos silenciosas lágrimas comenzaron á rodar por nuestras mejillas.

En esos momentos se hizo oír el tercer toque de la campana, la angustia de la jóven creció de punto, sus gemidos se redoblaron, se incorporó en el divan, estrechando una por una contra su pecho, á todas aquellas personas que la rodeaban, bañándolas con sus lágrimas; ellas lloraban también, y al partir dirijian á la jóven palabras de consuelo.

Al fin quedó sola, y algunos instantes despues levantó el ancla el vapor y comenzámos á abanzar sobre las aguas del canal.

Nuestros ojos estaban fijos en la interesante jóven; apénas ésta notó que el buque caminaba, cuando enjugó sus lágrimas, tiró las almohadas y pieles de que la habian rodeado, y arreglando su traje y su cabello, se levanto precipitadamente con la fisonomía animada por el placer, y saliendo del salon comensó á pasearse sobre la cubierta, del brazo de un caballero en la mas festiva y risueña conversacion: nosotras que ántes la

habiamos compadecido, nos asombramos y la vimos con horror.

¡Cuanta falsedad! ¡cuanto engaño! ¡cuanta mentira!

Apartamos entónces de ella nuestra vista, y nos fijamos en una cosa que á todos llamaba la atención: el vapor llevaria mas de diez minutos de camino, y nosotras no estábamos mareadas, el movimiento era muy suave y casi insensible; nuestros ojos se fijaron en el canal, las azules aguas estaban tan tranquilas, que apénas se percibian sus ligeras ondulaciones, el sol brillaba con todo su esplendor en medio del firmamento, y por todas partes reinaba la calma y la bonanza.

Todos estaban sorprendidos al ver la tranquilidad de aquellas aguas siempre tan inquietas y turbulentas, y nosotras muy satisfechas y contentas, pues no nos habiamos mareado, y las dos horas que habiamos pasado á bordo nos sirvieron de un agradable paseo.

Serian las dos de la tarde cuando ancló el vapor, habiamos ya atravezado el canal de la Mancha, que para nosotras habia sido tan benigno, y nuestra travesía habia concluido.

Entónces saltamos á tierra, y poco despues nos internábamos en el territorio frances.

El puerto frances en que desembarcamos, des-

pues de haber pasado tan felizmente el canal de la Mancha, fué Boulogne. Esta ciudad se halla situada en la embocadura de la Lianne en el mar, y se encuentra dividida en dos partes, la ciudad antigua que ocupa la parte alta, y la ciudad nueva que ocupa la parte baja.

Tenia ántes catorce puertas, de las cuales tan solo conserva ahora tres.

Nos dirigimos desde luego sin detenernos á un restaurant, donde inmediatamente se nos sirvió un buen almuerzo, que tomamos con el mejor apetito.

Tan solo dos horas teníamos para estar en este puerto, porque pronto debíamos tomar el tren que nos debia conducir á Paris.

Como buenos viajeros supimos aprovechar aquel tiempo, para recorrer aunque fuese brevemente el puerto. Subimos en unos coches y nos dirigimos á conocer lo mas central, pasamos y penetramos en la Catedral que es un hermoso edificio muy moderno, de arquitectura griega. Luego pasamos por el Hotel de Ville, donde nació Godefroy de Bouillon, y cuya torre tiene 47 metros de altura.

El palacio imperial es pequeño pero de agradable aspecto. Continuando nuestro paseo pasamos por un hospital, y nos detuvimos ante la

casa en que murió Lessage, el autor del Gil-Blas.

Vimos tambien un Museo, que se nos dijo posee una regular coleccion de cuadros, armas y medallas; pasamos, y penetramos rápidamente en la biblioteca, que contiene 22,000 volúmenes y 300 manuscritos.

Tambien estuvimos un momento en un paseo de aspecto agradable, y recorrimos las principales calles de la ciudad.

Este puerto ofrece vistas variadas y animadas.

Al lado del paseo, que acabamos de mencionar y se llama vulgarmente de la Jelcé, delante de una hermosa plaza de arena, se eleva el establecimiento de los baños, tan frecuentado durante la hermosa estacion.

Boulogne es una ciudad tan inglesa como francesa; pues en todo tiempo se encuentran en ella de 6 á 7000 Ingleses.

A poca distancia de la ciudad, está la columna de Napoleon, comenzada en 1804 por el ejército, adornada en 1841 con bajos relieves, y la estatua colosal del Emperador, fundida de bronce.

Esta columna es de mármol, su orden es dórico, tiene 50 metros, puede interiormente subir-

se á su mayor altura, desde donde se goza de una hermosa perspectiva.

Sobre los peñascos escarpados vecinos, á la derecha del puerto, se encuentran las minas de la torre d'Ordre, construida en el año 40 despues de Jesucristo por C. Calígula, y que servia entónces de faro.

A las cuatro de la tarde de regreso ya de nuestro paseo, nos hallábamos ante la estacion del camino de fierro, penetramos en ella, y á pocos momentos ocupábamos un cómodo wagon, que debia conducirnos á Paris: serian las cuatro y media, cuando el tren comenzó á moverse, y pocos instantes despues Boulogne habia desaparecido á nuestra vista.

El camino presentábase variado y pintoresco; verdad es, que en el cultivo de los campos no se notaba el esmero que hay en los ingleses; pero en cambio era mas poblado; á corta distancia, unas de otras, se veian pequeñas poblaciones llenas de animacion y de vida: veíanse tambien algunas casas de campo con sus amenos jardines, y sus cristalinos lagos, todos de diversos estilos en su arquitectura, pero hermosas y elegantes.

La puesta del sol, que iluminaba las campiñas con sus agonizantes y ya trémulos rayos, presta-

ba mas poesia á lo que nos rodeaba, y duplicó por un instante nuestro goce.

A menudo nos deteniamos en las estaciones del tránsito; en casi todas se notaba movimiento y animacion; descubriéndose desde luego el carácter frances, tan jovial y lleno de viveza.

Pasamos tambien por algunos túneles practicados en el centro de elevadas montañas, y cada una de estas cosas nos venia á sorprender agradablemente, causándonos sensaciones de placer.

Las tinieblas de la noche, que tendieron su lúgubre manto sobre la tierra, vinieron á arrebatarnos de nuestra contemplacion; el wagon se hallaba bien iluminado, pero como no nos era posible ya ver el camino, nos propusimos para no dormir, hacer alguna cosa: sacamos una labor que llevábamos en nuestros saquitos, pero fastidiadas pronto, la dejamos, pasando el resto del tiempo en una amena conversacion.

En una de las estaciones del tránsito habiamos bajado á cenar, pues nos habian permitido permanecer 15 minutos: esto habia sido entre siete y ocho de la noche, así es que ya sentiamos necesidad de tomar algo; pero como el tren se detenia tan solo dos ó tres minutos en las estaciones, era esto imposible mientras no llegásemos á Paris. Serian las doce de la noche cuan-

do se presentó á nuestra vista un grupo inmenso de luces, que brillaban cual estrellas en medio de las tinieblas.

Comprendimos al instante que nos aproximábamos á Paris, y nuestro corazon palpitó de contento.

En efecto, no nos engañábamos; pocos instante despues, penetrábamos en la gran Capital.

Apénas podíamos creerlo, ¿era pues, cierto? sí, nos encontrábamos en ese Paris con el que tanto habíamos soñado, del que habíamos escuchado tantas ponderaciones y tan desmedidos elogios.

Al siguiente dia veríamos al fin esa ciudad que á tantos enloquece, nos encontrábamos en la capital del mundo, y pronto conoceríamos á la reina de las capitales de Europa.

Llenas de tan gratas impresiones nos hallábamos, cuando el tren se detuvo, y penetramos en la hermosa estacion. Nuestra familia participaba de nuestro contento, y aquella noche reinaba entre nosotras el placer y la alegria.

La estacion se hallaba iluminada con una profusion extraordinaria; el movimiento de pasajeros era asombroso; estábamos aturdidadas entre la multitud, y con gran trabajo logramos abrirnos paso y salir por la parte opuesta.

Allí se nos presentó una plaza cubierta de carruajes. Tomamos unos, y poco despues nos internábamos en las espaciosas calles de la grandiosa y bella capital.

Era ya la una de la mañana, y dió orden papá de que nos condujesen al gran Hotel del Louvre.